

RECENSIONES

Rodrigo de Balbín Behrmann, Miguel Ángel de Blas Cortina, M.^a Soledad Corchón Rodríguez y Marco de la Rasilla Vives. *Expresión simbólica y territorial: los cursos fluviales y el arte paleolítico en Asturias. Un siglo después del reconocimiento científico de la Cueva de la Peña, Candamo*. Edición a cargo de Miguel Ángel de Blas Cortina. Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 2014, 169 pp., ils. c. ISBN: 978-84-942660-7-2.

La obra que nos ocupa emana de la edición de un ciclo de cuatro conferencias sobre arte paleolítico asturiano celebrado en conmemoración del centenario del descubrimiento científico de las pinturas rupestres de la cueva de la Peña, en San Román de Candamo. La década de los años diez del siglo pasado supuso un momento de gran incremento de los trabajos de prospección y de excavación, en el paleolítico cantábrico en general y en el asturiano en particular, de la mano de aficionados, de mecenas y de los primeros profesionales, nacionales y extranjeros, que pusieron en el primer plano internacional la zona septentrional de la Península Ibérica en este campo de estudio.

En el prefacio que sirve de presentación y de justificación del libro el editor del mismo, el Dr. Miguel Ángel de Blas Cortina, desgrana la peripecia historiográfica que llevó al descubrimiento y puesta en valor de las pinturas de lo que hoy todos conocemos como la Peña de Candamo. Siempre es interesante recordar cuán positivas fueron las iniciativas de particulares concienciados por el tema para el arte rupestre en particular. En este caso se trató de don Francisco Garriga y Palau, antiguo profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Oviedo, que fue el que dió a conocer el descubrimiento a Eduardo Hernández Pacheco, que excavaba, aquel verano de 1913, en la cueva de La Paloma en Soto de las Regueras, cerca de San Román. En el prefacio también se justifica el tema explícito en el título del libro, el de los cursos fluviales como eje vertebrador, no ya del arte paleolítico de la zona, sino de la ocupación del territorio por parte de los grupos de cazadores-recolectores del Paleolítico superior que vivieron en el área central y oriental del actual Principado. Si la geografía siempre ha condicionado y condicionará al ser humano, en este caso los valles que corren desde las altas montañas hasta

la costa cantábrica marcan territorios muy concretos (no nos atrevemos a decir “cerrados”), definidos, según algunos autores, por “manos” de pintores o por estilos de elementos muebles.

Esta idea da pleno sentido al planteamiento efectuado a los cuatro autores de cada una de las conferencias en el momento de plasmarlas en un texto. Los 4 capítulos se articulan alrededor de los principales valles centro-orientales asturianos, los del Nalón, el Sella, el Deva y el Cares, y de las cuevas con arte paleolítico, tanto el parietal como el mueble, derivado este último de las numerosas excavaciones realizadas en la zona durante más de un siglo de investigaciones.

Los autores seleccionados son reputados conocedores del arte paleolítico asturiano y de las sociedades que lo crearon, pese a la confesión de uno de ellos de que su dedicación al tema se produjo “en época juvenil” (p. 11), sin que ello haya que considerarlo, en absoluto, un demérito. No cabe, por lo tanto, más que citar sus nombres para tener la certeza de un conocimiento profundo y de una calidad indudable. Por orden de publicación en el libro, tenemos a la Dra. M.^a Soledad Corchón, de la Universidad de Salamanca, que trata el área del valle del Nalón. El Dr. Rodrigo de Balbín, de la Universidad de Alcalá de Henares, expone los elementos principales del valle del Sella. El Dr. Marco de la Rasilla, de la Universidad de Oviedo, nos acerca a las cuencas del Cares y del Deva y finalmente el Dr. Miguel Ángel de Blas, de la misma universidad y editor del libro, nos da a conocer los principales hallazgos del sector marítimo del interfluvio Sella-Deva.

Son de alabar dos hechos que dan más relevancia a la obra. El primero, y no podía ser de otra manera, la edición en color de un numeroso conjunto de fotografías que ilustran con detalle y precisión cada uno de los capítulos. El segundo, la extensión de cada uno de ellos: desde las 26 páginas del capítulo del Dr. Balbín hasta las 50 del de la Dra. Corchón, pasando por las 35 del Dr. Rasilla o las 40 del Dr. de Blas. Esta generosa concesión de espacio permite ofrecer mucha información que en otras síntesis aparece fragmentada u oculta en gráficos y tablas. A las ya comentadas fotografías se les unen mapas, calcos y superposiciones que ayudan en gran manera a la mejor comprensión del corpus de elementos a considerar.

Al mismo tiempo los autores pueden hacer amplias interpretaciones del significado territorial que atribuyen a las zonas particulares de cada cuenca estudiada y a la relación de éstas con el entorno menos inmediato.

La idea motora de la obra, que también aparece claramente en el título, se trasluce, pues, en cada uno de los cuatro trabajos que componen el libro. En unos casos la descripción y los aspectos cronológicos priman, mientras que en otros se profundiza más en interpretaciones simbólicas y territoriales de mayor complejidad. Pero el conjunto resultante tiene una homogeneidad más que suficiente como para justificar con creces el título del volumen. Su utilidad será indudable, pues el lector encontrará no solamente textos de contrastada solvencia junto a imágenes y dataciones recientes, sino también las últimas aportaciones y la valoración de los antiguos hallazgos.

Quizás lo que pudiera haber complementado la estructura general, mejorándola, hubiese sido una síntesis final del tema, un texto del editor o de algún otro autor que hubiese resumido las aportaciones individuales de los cuatro autores en cuatro zonas o territorios diferentes. En cierto modo, y de forma muy resumida, se apuntan algunas ideas en el prefacio, pero hubiese sido muy de agradecer ese colofón a una buena obra. También cabría haber esperado, dentro de este espíritu sintético final, un buen mapa general con la situación precisa de los valles y con la distribución global de los yacimientos citados. Para los conocedores de la zona nos resulta un tema obvio, y cada capítulo, a su manera, incluye estos datos; pero un mapa de conjunto ilustraría mejor la realidad expuesta y serviría incluso para visualizar con más precisión las reflexiones que cada autor hace respecto del territorio circundante.

Todo ello no obsta para que sea altamente recomendable el conocimiento del libro, por su enfoque actual y por el amplio corpus de datos de todo tipo que ofrece en relación con el arte de los grupos cazadores-recolectores que ocuparon el centro y el oriente asturiano durante el Paleolítico superior.

Josep M. Fullola Pericot, catedrático de Prehistoria. Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia, Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques (SERP) Universitat de Barcelona. C/ Montalegre 6/8. 08001 Barcelona. España.
Correo e.: fullola@ub.edu

William O'Brien. *Prehistoric copper mining in Europe, 5500–500 BC*. Oxford University Press. Oxford, 2015, 345 pp, 130 ils. b/n. ISBN 978-0-19-960565-1.

El título de un libro puede ser fiel reflejo de su contenido, como en el caso que nos ocupa. Pero un título no describe necesariamente todo el significado y planteamientos que el autor imprime a su trabajo. William O'Brien es bien conocido entre los investigadores de la Prehistoria Reciente de Europa por su

trabajo en las minas irlandesas de Mount Gabriel y Ross Island y en este libro no trata sólo de sintetizar los conocimientos disponibles sobre un tema muy concreto como es la minería del cobre en Europa. La minuciosa recopilación de datos tiene como objetivo final entender cómo se organiza y articula la extracción del mineral ante la demanda de una materia prima básica en la producción metalúrgica. Los condicionantes geológicos de su presencia en un territorio son superados por las comunidades prehistóricas que deciden en cada momento que es lo adecuado para atender sus necesidades y son capaces de innovar o adaptar su tecnología para conseguir su objetivo. Esta perspectiva abierta y dinámica es la impresión general que se obtiene tras su lectura, en la que cada mina conocida e investigada aporta datos e información complementaria. Cohesionar esa diversidad en un discurso integrado hace que la lectura de este libro aporte una importante perspectiva para los estudios sobre la metalurgia y sus vínculos con la complejidad social en Europa, y muy especialmente para los conceptos manejados en la Península Ibérica.

Es precisamente ese planteamiento social el que, tras los capítulos iniciales del libro necesariamente marcados por su carga descriptiva agrupando las minas por regiones geográficas, el lector encuentra en los dos capítulos finales: *Mining, community and environment* y *Mining, economy and society*.

Aquí está el verdadero significado del libro y el concepto de arqueología que ha guiado al autor en sus trabajos de campo en las minas irlandesas. O'Brien se interesa por la minería porque quiere comprender, no solo la tecnología que posibilita la explotación y su tratamiento metalúrgico, sino la sociedad en su conjunto, los que extraen el mineral y lo producen, pero también los que los consumen y comercian con él. En esa perspectiva se cuestionan principios que se han asumido sin rigor por la investigación. La explotación permanente de las minas suele ser la excepción en Europa, predominando los grupos que trabajan a tiempo parcial. La intensidad de la explotación depende de muchos factores, siendo la demanda el fundamental, pero para conocer la demanda debemos conocer el significado o valor del cobre tanto en términos económicos como sociales (p. 248). Otro gran mito actualista es el del impacto sobre el ambiente y especialmente la deforestación. La síntesis que el libro ofrece es el de su impacto localizado, no siempre fácil de distinguir de otras posibles causas vinculadas a la actividades agrícolas o las necesidades domésticas de madera que sostienen a las propias comunidades mineras (p. 277).

Resulta llamativo que en casi ningún momento se recurra a la explicación oportunista del agotamiento de recursos para explicar el abandono de una mina y el inicio de explotación de otras, pero en cambio sí es recurrente a lo largo del texto la valoración de la escala extractiva, siempre en relación con las necesidades de metal. Esta perspectiva global en la que están presentes

las explotaciones a gran escala como las de Kargaly en los Urales, o en determinadas fases de la Edad del Bronce en los Alpes, junto al aprovechamiento de explotaciones de bajo rendimiento como las de Mount Gabriel, permite valorar con unos parámetros de referencia la escala de la explotación, y a la vez la escala de la producción metalúrgica.

La identificación de minas prehistóricas es compleja y ello se explica en el desarrollo historiográfico del capítulo 1, pero una de las realidades que ahora conocemos es que no sólo las grandes minas fueron las explotadas durante la Prehistoria. Muchas pequeñas minas pudieron abastecer la demanda de materia prima y por tanto es mucho lo que queda por descubrir y conocer. Esta perspectiva era impensable hace 30 años y la prueba del cambio es el libro que se está reseñando.

Además hoy contamos con otra herramienta como son los análisis de isótopos de plomo que reflejan una realidad compleja y diversa, en la que para su interpretación hacen falta más minas aún por identificar. Los resultados presentan modelos de cambio en el abastecimiento según los diferentes periodos prehistóricos y zonas geográficas y evidencian que hay muchos materiales que no encajan en los campos isotópicos hoy conocidos, es decir, el de las principales minas y zonas mineras modernas. Quiero recordar un simple ejemplo que ilustra el cambio de perspectiva. A finales del siglo XX los primeros análisis de isótopos de plomo de objetos de la isla de Menorca (Stos Gale *et al.* 1999) se interpretaban buscando una relación con el Suroeste de la Península Ibérica, es decir con una de las áreas mineras más importantes a escala mundial como es la Faja Pirítica, ignorando directamente la posibilidad del aprovechamiento de los pequeños recursos locales en la propia isla. Hoy día contamos con pruebas de la explotación durante el II milenio AC de una de esas pequeñas minas, la de cobre de Sa Mitja Luna en la isla Colom en Menorca (Hunt *et al.* 2014) y se puede proponer que un grupo de objetos de las cuevas de Carritx y Mussols cuyo metal se buscaba en el Suroeste en realidad encaja con el campo isotópico de esta mina de cobre.

Mi último comentario va destinado al papel jugado por las dataciones de radiocarbono para concretar las fases de explotación de las minas prehistóricas. Algunas de ellas solo se trabajaron en momentos muy concretos, pero otras muchas presentan diversas fases con distinta intensidad. En la síntesis que William O'Brien nos ofrece queda claro que son las dataciones las que han permitido avanzar la investigación en minería prehistórica dada la escasez de registro material que permanece vinculado al trabajo en la mina, y que cuando aparece no tiene un carácter cronológico diagnóstico, como es bien conocido con los martillos o mazas de piedra. Por tanto, no es exagerado vincular la investigación de la minería prehistórica con el desarrollo del uso de la datación por Carbono 14. Gracias

a esa posibilidad de confirmar la antigüedad de las explotaciones la inversión del trabajo arqueológico ha dado grandes frutos.

Este libro probablemente irá quedando desactualizado con el paso de los años y la identificación de nuevas minas, si nuestros comentarios anteriores son acertados, sin embargo el valor de su síntesis y su perspectiva integradora serán determinantes para que la minería prehistórica ya no vuelva a abordarse desde una óptica de vacío contextual y aislada del desarrollo histórico.

Hunt Ortiz, M. A.; Lull Estarellas, B.; Perelló Mateo, L. y Salva Simonet, B. 2014: "Aprovechamiento de recursos cupríferos en la Edad del Bronce de Menorca: la mina de Sa Mitja Lluna (Illa den Colom)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 24: 85-109.

Stos-Gale, S. 1999: "Informe sobre los análisis de artefactos metálicos de la Cova des Càrritx, Es Forat de Ses Aritges y la Cova des Mussol". En V. Lull, R. Micó, C. Rihuete y R. Risch (eds.): *Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca: la Cova des Càrritx y la Cova des Mussol*. Consell Insular de Menorca, Ajuntament de Ciutadella, Fundació Rubió Tudurí Andrómaco. Barcelona: 643-650.

Ignacio Montero Ruiz. Instituto de Historia-CSIC. C/ Albasanz 26-28. 28037 Madrid. Correo e.: ignacio.montero@cchs.csic.es

Stefan Burmeister, Svend Hansen, Michael Kunst y Nils Müller-Scheeßel (eds.). *Metal matters: innovative technologies and social change in Prehistory and Antiquity*. Menschen-Kulturen-Traditionen Studien, ForschungsCluster2 des Deutschen Archäologischen Instituts 12. Verlag Marie Leidorf GmbH. Rahden/Westf. 2013, VIII + 282 pp., 188 ils. c. y b/n., 5 tabs. ISBN: 978-3-86757-392-4; ISSN: 2193-5300 (1).

El desarrollo de la metalurgia está determinado por diversas innovaciones, que afectan al conjunto del ámbito cultural. En primer lugar se trata de descubrimientos tecnológicos aunque, como se afirma en el editorial del libro, *technology is deeply embedded in its social context and, therefore, the latter must necessarily be explored with the former*. La cita resulta programática para esta excelente obra de conjunto, que no analiza procesos monocausales, sino las interrelaciones entre

(1) La traducción del original en alemán se debe al Dr. Manuel Fernández-Götz (School of History, Classics and Archaeology, University of Edinburgh).

las innovaciones metalúrgicas y el conjunto de las manifestaciones sociales. Su objetivo es reunir y contrastar importantes casos de estudio sobre tecnologías innovadoras y sus consecuencias socio-económicas. Además de su diversidad se señalan diversas regularidades. En estos estudios comparativos es esencial distinguir lo propio y lo extraño, influencias externas y dinámicas internas, difusión *versus* evolución endógena.

Un buen ejemplo de desarrollo apenas influenciado desde el exterior es Egipto. Por ello resulta lógico encontrar un estudio sobre “*Raw material supply and social development in Egypt in the 4th millenium BC*” al inicio de la serie de casos particulares. U. Hartung indica ya desde el principio que la posición aislada de Egipto es ideal para investigar evoluciones endógenas. No obstante es una impresión en parte condicionada por la naturaleza de las fuentes disponibles. En el IV milenio a.C. el abastecimiento de materias primas se estaba garantizado principalmente por sistemas de intercambio. Sólo en la cultura de Naqada tardía materiales costosos como piedras extrañas o minerales se empezaron a adquirir de forma dirigida a través de expediciones, si bien el cobre no jugaba ningún papel. Sólo resultó posible organizar este tipo de abastecimiento de materias primas en el marco de una creciente complejidad de las estructuras de poder.

El artículo de F. Klimscha, por su parte, pone de relieve que el Levante meridional ha sido hasta la fecha demasiado poco considerado en las síntesis generales sobre las consecuencias sociales de los inicios de la metalurgia. Esto se debe a que la atención se concentraba en descubrimientos y hechos puntuales. El autor subraya las implicaciones sociales de la producción de objetos de metal, al principio *used as prestigious items to demonstrate personal status*, y que copiaban *axe heads, maceheads needles and awls already known in stone. For that reason this phase could also be described as mostly imitative*. En el contexto de una “reestructuración de la sociedad” aumentó la calidad y la cantidad de los objetos. *This seems to indicate that the social conditions pushed the technological innovations and simultaneously enabled it!* (p. 57 *passim*). Las interrelaciones entre necesidades de la sociedad y desarrollo de la metalurgia se resaltan de modo convincente.

La contribución de A. Hauptmann y I. Löffler está dedicada al distrito de Faynan, especialmente favorable para la metalurgia del Levante meridional, como *one of the best preserved prehistoric mining districts of the world* (p. 88). Allí el desarrollo de la metalurgia está perfectamente documentado. Los autores prueban de forma convincente el uso inicial de minerales de cobre para la fabricación de colorante y cuentas de adorno, el “modo de producción doméstico” en el Calcolítico y un incremento de la producción en el III milenio a. C. cuando Faynan entra en la esfera de intereses entre Egipto y Canaán. La reconstrucción de los procesos tecnológicos tiene un peso especial. De gran interés

son los indicios de una regresión en la Edad del Hierro, atribuida por los autores a dificultades en la extracción así como a influencias económicas. Una visión más general pone de manifiesto las concordancias con las fases de evolución de la metalurgia ya descritas por Hauptmann y Strahm.

K. Pfeiffer resalta la importancia de los centros periféricos –que a menudo informan sobre las relaciones con los centros de innovación– en su contribución sobre la arqueometalurgia en el Sinaí, región que atesora ricos depósitos de mineral de cobre. Aunque la extracción de minerales es muy temprana, sólo hay moldes de fundición a partir del 3600 a.C., al parecer como resultado de una transferencia tecnológica desde el Levante. Sin embargo, mientras allí dicha tecnología se interrumpe a mediados del IV milenio a.C., en el Sinaí continúa y sólo será sustituida a finales de dicho milenio por los *wind powered furnaces*. Esta importante innovación podría ser uno de los sorprendentes descubrimientos endógenos del Sinaí, donde se documenta antes que en Egipto o en el Levante, y lleva a una evolución propia.

La meseta central de Irán, rama oriental del cinturón metalogenético euroasiático, es rica en depósitos minerales. Por ello no sorprende que en esta zona nuclear del Creciente Fértil además del desarrollo agrario haya una evolución metalúrgica diferenciada, bien documentada y descrita por B. Helwing en su artículo. También aquí sobresale la interdependencia entre evolución tecnológica y social. Se destaca la independencia de la metalurgia de esta región, pero llaman la atención los paralelismos con el desarrollo observable en otros centros de producción. En un principio los minerales se usaron para tinte hasta que en el Neolítico final se buscó cobre nativo para transformarlo en sencillos artefactos. La fundición pirotécnica fue de la mano de la producción de la cerámica en hornos, concentrándose el trabajo en el cobre-arsénico proveniente de regiones lejanas. Un fuerte incremento en el número de hallazgos se documenta en el V y IV milenio a.C. al producirse objetos estandarizados para la élite, pero el punto culminante se alcanzó sobre el 3350 a.C. con el desarrollo de los *wind powered furnaces*. Cristalizó así una metalurgia intensiva con explotación organizada y procesamiento controlado en centros urbanos con amplios contactos comerciales en una sociedad con división del trabajo.

El sudeste de Europa ha focalizado la investigación metalúrgica al menos desde las tesis de C. Renfrew a favor de un desarrollo autónomo de la metalurgia en la región. Por ello el artículo de S. Hansen sobre “*Innovative metals: gold and silver in the Black Sea region and the Carpathian Basin*” tiene un especial papel en la obra. De modo correcto el autor parte de la importancia de los materiales singulares, incluidas conchas y minerales, como adornos que distinguían a personajes destacados. El trabajo sobre minerales

y metales no tiene únicamente la indudable función práctica de convertirlos en armas. Los materiales están imbuidos asimismo de poderes sobrenaturales que pueden ser reclamados por un grupo de parentesco. Esto lleva a que la élite se distinga con insignias de cobre, oro y plata. El autor deja muy claro que el desarrollo de la metalurgia no es la única causa para el incremento de la complejidad social, sino que ésta se encuentra además condicionada por otros factores, y tiene que encontrarse preparada por un nuevo *social dispositif*. De forma acertada se cuestiona toda interpretación (neo)evolucionista. En cualquier caso, también cabe reconstruir de forma convincente evoluciones similares a escala suprarregional, pudiendo afirmarse que *dissemination of certain metal types was achieved through the establishment of supra-regional exchange networks*.

La expansión de la metalurgia carpática más allá de Europa sudoriental es especialmente bien reconocible en el área noralpina gracias al buen estado de la investigación. M. Bartelheim presenta el proceso de forma clara en su artículo "*Innovation and tradition. The structure of the early metal production in the north alpine region*", donde destaca la existencia de una evolución continuada. Los primeros pero discutidos hallazgos de minerales de cobre fundidos corresponden a finales del V milenio a.C., aunque esta fase temprana se caracteriza sobre todo por los escasos objetos importados. No fue hasta el IV milenio a.C. cuando aumenta el número de hallazgos, seguramente ligado a un trabajo de cobre-arsénico. Una explotación minera autóctona no está atestiguada. El descenso en el Neolítico tardío es llamativo, aunque para Bartelheim puede estar condicionado por la visibilidad de las fuentes. En el Neolítico final el trabajo metalúrgico es más amplio, pero desempeña un rol económico menor. Al igual que en el Neolítico inicial la mayor parte de los artefactos debió tener un valor de prestigio. Los ricos depósitos de los Alpes sólo juegan un papel significativo a partir del Bronce inicial. La base económica para la explotación del mineral y el intercambio de metales proviene de la meseta suiza, región agrariamente muy desarrollada, lo que llevaría al establecimiento de sociedades complejas.

M. Kunst dibuja una imagen muy distinta sobre el desarrollo de las sociedades calcolíticas en la Península Ibérica en su artículo "*The innovation of copper metallurgy on the Iberian Peninsula*". Como bien indica, la definición de los distintos periodos está marcada por una visión evolucionista de la Historia, que sin embargo presenta contradicciones a la hora de desarrollar una evolución coherente. Así, pone la atención en la minería neolítica de Gavá, anterior a la extracción del cobre. Esto es correcto pero: ¡también en el Paleolítico existía explotación subterránea de sílex! Precisamente este ejemplo muestra que los mencionados esquemas no tienen validez general y

solo pueden aplicarse (como en el caso de la evolución metalúrgica) a un determinado proceso. La acertada crítica pone de manifiesto que sigue faltando un trabajo taxonómico preliminar y una sistematización arqueológica para elaborar una síntesis concluyente. Los hallazgos mostrados en forma de tabla son un buen comienzo en dicha dirección.

El artículo de R. Gauß "*The development of metallurgy on the Iberian Peninsula*" está dedicado al mismo tema que el anterior. Partiendo de la evidencia arqueológica, discute las diferencias con respecto a la secuencia centroeuropea. Dejando de lado las debidas evidencias más tempranas, está ampliamente aceptado que en la Península Ibérica la metalurgia del cobre sólo representó una innovación rompedora con amplia difusión en el III milenio a.C., manteniéndose luego hasta finales de la Edad del Bronce en un estadio calcolítico sin llevar al desarrollo de una sociedad compleja. Se reconoce una leve estratificación social pero no a través del metal, sino de la posesión de materiales escasos de alto valor. Es interesante la explicación del autor, según la cual la ampliamente difundida riqueza minera de la península y el fácil procesamiento del mineral llevarían a que la metalurgia no representara un impulso para la diferenciación social. Ello difiere de la situación observable en el resto de Europa, donde el acceso restringido a los depósitos y una eficiente producción metalúrgica habrían llevado al desarrollo de las jerarquías de la Edad del Bronce. En este contexto resulta útil discutir el modelo de las etapas metalúrgicas de evolución, que a pesar de las diferencias parece ser aplicable a la Península Ibérica.

En la tercera contribución sobre España, S. Rovira e I. Montero-Ruiz describen el desarrollo de la metalurgia desde el punto de vista de la tecnología. Sus tesis arqueometalúrgicas suponen un complemento esencial y constituyen la base para la interpretación socio-histórica. Resulta importante el hecho de que el cobre-arsénico no fuera utilizado desde el III milenio a.C. únicamente por la frecuente cercanía de los minerales de arsénico y los depósitos de cobre; más bien la conexión arsénico-cobre tuvo que ser intencionada.

La amplia recopilación incluida en el volumen se cierra con tres interesantes estudios sobre la metalurgia en la Península Ibérica durante el periodo romano. Estos trabajos ponen en su contexto histórico, la enorme importancia de dicha industria metalúrgica para el conjunto del Imperio.

Los comentarios críticos realizados no menoscaban el valor de este libro. Refleja el estado actual de la investigación e incorpora gran cantidad de nuevas informaciones, erigiéndose así en referencia ineludible para futuras investigaciones arqueometalúrgicas.

Christian Strahm. Institut für Archäologische Wissenschaften der Universität Freiburg, Belfortstrasse 22. D-79098. E-mail: ch.strahm@t-online.de

Germán Delibes de Castro, Marcos García, Julio del Olmo y Jorge Santiago Pardo. *Recintos de fosos calcolíticos del valle medio del Duero. Arqueología aérea y espacial*. Ediciones Universidad de Valladolid, Serie Studia Archaeologica 100, Valladolid, 2014, 216 pp., 82 figs., 11 gráf., 21 tabs. ISBN: 978-84-8448-794-4.

Hasta comienzos del presente siglo, la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica había estado caracterizada por una arquitectura visible y rotunda que se manifestaba tanto en la vieja tradición de los túmulos neolíticos, como en la construcción de los muros que empezaron a defender, y/o monumentalizar, los asentamientos humanos ya desde el Calcolítico. Hablamos de una arquitectura definida por lo vertical y lo evidente; por huir de lo efímero y por dar consistencia al espacio público con bloques ya fueran ortostáticos, ya modestos mampuestos dispuestos con hábil *maçonnerie*. Las memorias científicas y monografías del siglo XX han recogido infinidad de plantas y alzados de esta arquitectura ‘de lo positivo’.

Pero desde hace apenas tres lustros el panorama ha cambiado considerablemente. Así, de forma inopinada, han irrumpido en el registro arqueológico peninsular los denominados “recintos de fosos” como una manifestación tan abundante como relevante de la arquitectura primitiva. De tal forma que, hoy en día, pocas son las revistas especializadas que no incluyen, en sus últimos números, estudios en los que se localizan, caracterizan o datan alguno de estos yacimientos. Pero cabe preguntarse ¿por qué aquí y por qué ahora?

Entre las posibles causas de esta mudanza se pueden apuntar, al menos, dos que nos parecen muy evidentes. En primer lugar, se ha producido un cambio en la percepción de una realidad arqueológica que, desde los primeros descubrimientos de los grandes fosos de Valencina, Papa Uvas o La Pijotilla, había pasado desapercibida enmascarada dentro de la tradicional categoría de poblado fortificado. Sólo cuando el término “recinto de fosos” ha tomado carta de naturaleza, cuando se los ha reconocido como la variante ibérica de la tradición europea de los *ditched enclosures* se ha empezado a ‘pensar’ de otra manera estos yacimientos fosados. En segundo lugar, y estrechamente relacionado con lo arriba apuntado, se ha producido un cambio metodológico también sin precedentes. No excavamos yacimientos, excavamos conceptos, y al cambiar el concepto se debe modificar sustancialmente los modos y las estrategias para acercarse a ellos. Y en este escenario apuntado hay que entender la monografía que, dentro de la serie *Studia Archaeologica*, acaba de publicar la Universidad de Valladolid.

Se trata de una importante síntesis sobre el tema en la que se concretan y formalizan trabajos y aportacio-

nes previas (p.e. Ariño y Rodríguez 1997; Olmo 1999; Delibes 2000-01; Delibes *et al.* 2009, 2010; García 2013). Así, hay que buscar la génesis de esta obra en la serie de fotos aéreas que en su día realizara Julio del Olmo en el sector central de la Comunidad de Castilla y León (Olmo 1999). En ellas, junto a la localización de todo tipo de yacimientos, se advirtió la presencia de lo que se identificarían como los primeros “recintos fosados” localizados en la comunidad (Delibes 2000-01: 301). Ahora, el equipo de la Universidad de Valladolid está en condiciones de depurar esa información inicial y nos presenta un detallado inventario de 18 yacimientos de este tipo, localizados todos ellos en el Valle Medio del río Duero.

Resulta ejemplar como a partir de las citadas fotos aéreas iniciales, el uso combinado de las imágenes del “vuelo americano” de 1956-1957, las ortofotos obtenidas del Plan Nacional de Ortofotogrametría Aérea (PNOA) o las imágenes provenientes de sondeos geomagnéticos e intervenciones arqueológicas puntuales en algunos de estos yacimientos, los autores nos presentan una imagen muy aproximada de estos lugares. La tarea, realmente muy compleja, la completan con una labor primorosa de ortorrectificación de las primitivas fotografías oblicuas y finalmente mediante su georreferenciación con *software* SIG. En último lugar, la adscripción cultural, en su mayoría de la Edad del Cobre en su momento precampaniforme, la concretan tras las pertinentes prospecciones sobre el terreno y la caracterización de la cultura material en ellas obtenidas. Así, de cada uno de los yacimientos, se nos presentan detalladamente su emplazamiento y entorno, la descripción de las estructuras fosadas que lo configuran y una selección de los más significativos materiales recuperados. En definitiva se ofrece a la comunidad científica un completo inventario que, sin lugar a dudas, incorpora la cuenca media del Duero al panorama, cada vez mejor conocido, de los recintos de fosos peninsulares.

La segunda parte de la obra aborda la complicada tarea de la interpretación funcional de estos yacimientos, auténtico nudo gordiano que es necesario desatar antes de realizar cualquier lectura histórica. En esta coyuntura, y por infrecuente hay que reseñarlo, los autores sitúan correctamente la discusión en el marco europeo. Abandonan el autismo que ha dominado estos estudios en nuestro país y se posicionan en la discusión de forma argumentada. Su postura es, en palabras de los propios autores, conciliadora. Y es que reconocen que los recintos de fosos son poblados en los que las actividades que se pueden vincular con esferas sobrenaturales sirven para sancionar, precisamente, la vida diaria y el orden social de sus ocupantes (p. 189). De lo que se desprende que los fosos no tuvieron una función defensiva sino que monumentalizaban estos yacimientos demarcando un espacio interior socializado y otro exterior natural (pp. 2 y 126-128). Es decir, se decantan

por la tesis de los “poblados monumentalizados con fosos” que cada día parece tener más predicamento en nuestro país, alejándose de forma equidistante, tanto de la tesis clásica de los “poblados fortificados con fosos” como de la más rupturista que los reconoce como “lugares de encuentro”.

Esta asunción, la que identifica los recintos de fosos como asentamientos, predispone el análisis locacional que se realiza en el sexto de los capítulos, uno de los más extensos y documentados de toda la obra. En él, entre otros factores, se valoran la accesibilidad, la visibilidad, altura relativa o proximidad a terrenos aptos para el cultivo de estos yacimientos. Todo lo cual les lleva a identificar hasta cinco configuraciones distintas de la explotación del medio en los 18 recintos analizados, lo que es interpretado como resultado de diversas estrategias de supervivencia como, según los autores, cabría esperar en asentamientos al uso. No obstante, al no incluir en el análisis los valores comparativos obtenidos en otros tipos de yacimientos, es decir, asentamientos no fosados, fuentes de materia prima o, por ejemplo, enterramientos, los resultados nos parecen algo sesgados e incompletos.

En cualquier caso, y aunque nos parece que a lo largo de toda la obra existe cierta ambigüedad entre lo que es un “campo de hoyos” y lo que es un “recinto de fosos”, la propuesta interpretativa final es clara y da un paso más allá en la incorporación de estos yacimientos en las lecturas de la Prehistoria Reciente. Vemos con demasiada frecuencia como el término recinto de fosos sustituye mecánicamente al de poblado sin que en las memorias arqueológicas se argumente el alcance real de dicho cambio terminológico ni se asuman las consecuencias históricas de tal mudanza. Afortunadamente, no ocurre así en este caso.

Cabe apuntar, para finalizar, que la edición de la obra es muy correcta. No son los recintos de fosos unos yacimientos agradecidos a la hora de su publicación, por lo que resulta gratificante la buena calidad de la reproducción de las imágenes aéreas y las ortofotos. De igual modo, son notables los dibujos de Ángel Rodríguez que, tras eliminar la información superflua que aportan las fotografías, favorecen una percepción clara y didáctica de cada uno de estos complejos yacimientos.

Ariño, E. y Rodríguez, J. 1997: “El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca. Datos de una prospección intensiva”. *Zephyrus* 50: 225-245.

Delibes, G. 2000-2001: “Del Bronce al Hierro en el Valle del Duero: una valoración del límite Cogotas I –Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto”. *Zephyrus* 53-54: 293-309.

Delibes, G.; Crespo, M.; Fernández, J.; Herrán, J. I.; Rodríguez, J. A. 2009: “Stonehenge en Tierra de Campos? Excavaciones en el yacimiento de la Edad

del Cobre de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)”. *Conocer Valladolid, II Curso de patrimonio cultural 2008/2009*. Ayuntamiento de Valladolid y Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción. Valladolid: 15-33.

Delibes, G.; Crespo, M.; Fernández, J.; Herrán, J. I.; Rodríguez, J. A. 2010: “Un recinto de fosos calcolítico en el valle medio del Duero: El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)”. *IV Jornadas científicas de Patrimonio Arqueológico en la comunidad de Madrid (Madrid 2007)*: 241-250. Madrid.

García García, M. 2013: “Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora): dos nuevos recintos de fsos calcolíticos en el Valle del Duero”. *Trabajos de Prehistoria* 70 (1): 175-184.

Olmo, J. del 1999: “Arqueología aérea en Castilla y León”. *Revista de Arqueología* 215: 44-49.

José Enrique Márquez Romero. Área Prehistoria, Dpto. de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga. Campus de Teatinos s/n. 29071 Málaga. Correo e.: jemárquez@uma.es

Gonzalo Aranda Jiménez, Sandra Montón-Subías y Margarita Sánchez Romero. *The Archaeology of Bronze Age Iberia. Argaric Societies*. Routledge Studies in Archaeology 17, Routledge. New York, 2015, xxv, 189 pp., 46 figs. ISBN: 978-1-138-82133-0.

Como señala Gonzalo Ruiz Zapatero en el prólogo de este libro, la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica ha sido durante décadas la Cenicienta del panorama académico europeo. Los autores de este ensayo pertenecen a ese colectivo de profesores universitarios españoles con fuerte proyección internacional y ganas de trabajar que poco a poco están cambiando tal imagen.

Esta obra condensa de manera muy clara y sintética -pensando especialmente en un público internacional- los aspectos definitorios de la arqueología del Bronce Antiguo y Medio en el Sureste de la Península Ibérica. Es un placer leer el libro; su redacción es sencilla, la organización temática por capítulos impecable y las ilustraciones muy acertadas y -como corresponde al mundo argárico- espectaculares. El volumen se centra en las principales líneas de investigación del tema, siendo los tres autores protagonistas de varias de ellas. A lo largo de seis capítulos, cada uno con su listado bibliográfico, se recorre la trayectoria investigadora sobre la cultura de El Argar, desde el difusionismo decimonónico al autoctonismo procesual (Capítulo 1); se revisa su definición espacial - cuestionando la dicotomía entre la ‘zona nuclear’ de la Cuenca de Vera (Almería) y las

áreas de expansión interiores- y temporal -enfaticando la contribución del radiocarbono calibrado a partir de muestras de vida corta- (Capítulo 2); se caracteriza la peculiar ocupación y explotación del territorio, con grandes aldeas encumbradas y pequeñas alquerías en derredor, en unos paisajes crecientemente degradados (Capítulo 3); se resumen los conocimientos actuales sobre las prácticas agropecuarias, la metalurgia, la alfarería y otras artesanías (Capítulo 4); se presenta un estado de la cuestión sobre el mundo funerario y la ritualidad, incluyendo resultados preliminares sobre paleodemografía, paleopatología, movilidad y paleodieta (Capítulo 5); y finalmente se revisan diversas lecturas sociopolíticas, desde la hipótesis estatal o de las jefaturas argáricas hasta nuevas narrativas en clave de género, sobre el papel de la infancia, los ritos de comensalidad o la belicosidad de estas comunidades (Capítulo 6).

Las ideas novedosas recogidas en el libro no son inéditas, pero su presentación coherente, relacionando unas con otras, permite comprenderlas mejor. Se trata de interpretaciones arriesgadas y valientes, discutibles pero necesarias para que avance la disciplina, y referidas tanto a nuevos hallazgos como a viejas observaciones hasta ahora arrinconadas. Frente a lecturas demasiado restrictivas, la obra enfatiza la rica variabilidad del mundo argárico, previene contra extrapolaciones a partir de las tierras llanas de Almería y Murcia, y reivindica aspectos aún inexplorados. Ante un tema tan tratado por la historiografía, es un acierto la inmediatez del discurso: los autores entran a discutir directamente puntos candentes en los debates actuales, con la vista siempre puesta en el futuro de la investigación.

La bibliografía es muy completa y actualizada. Si acaso, al tratar los paisajes argáricos se echa en falta alguna referencia al programa de análisis territorial de finales de los 1980 en el noroeste murciano (López García 1991). En una síntesis que abarca tanto, el tratamiento de cada tema es necesariamente conciso. Sin embargo, a algunos lectores nos dejan con las ganas de aprender más. Un tomo no muy voluminoso –no llega a 200 páginas- hubiera permitido algo más de detalle, y mayor toma de partido en asuntos sobre los que el experto y meditado parecer de estos tres investigadores resulta especialmente valioso. Por ejemplo, recogen las críticas a la interpretación de las osamentas de caballo y ganado en la cumbre de Peñalosa o en el ‘bastión’ del Cerro de la Encina como prueba de consumo diferencial elitista (Antipina y Morales 2006), pero no aclaran cómo deben entenderse semejantes acumulaciones óseas inusuales en esos contextos domésticos (pp. 74-75). ¿Tendrían alguna relación con las ofrendas cárnicas en conjuntos funerarios, para las que sí defienden un simbolismo sociopolítico (pp. 165-168)?

Los autores señalan el marcado sesgo cultural implícito en el registro antracológico (p. 63) –es decir, unas maderas seleccionadas en el pasado- o los fac-

tores tafonómicos y deposicionales que condicionan la representatividad de la muestra arqueofaunística (p. 75), pero al tratar el material arqueológico no se plantean interferencias parecidas. Para ellos, determinados repertorios cerámicos muestran una amalgama cultural al margen del canon argárico. Se trataría de los enseres usados por ‘los Otros’, grupos que se resisten a integrarse en el modelo social argárico y prolongan costumbres millarenses como su alfarería característica o las reutilizaciones de sepulcros calcolíticos (Aranda 2013). Pero la génesis de dichos ‘contextos híbridos’ en ciertos poblados argáricos (pp. 19-23) precisa una caracterización más exigente. En Peñalosa (Contreras y Alarcón 2012) o en el Cerro de San Cristóbal (Aranda *et al.* 2012) los restos calcolíticos locales y campaniformes –algunos de tipo Dornajos meseteños- difícilmente habrían terminado allí por los mismos cauces que los predominantes desechos argáricos. ¿Cómo son y en qué estado comparecen unos y otros?, ¿los fragmentos calcolíticos, argáricos y Protocogotas proceden todos de vasijas elaboradas, usadas y rotas en el mismo contexto espacio-temporal, o debemos bajar otras posibilidades, como su carácter de residuos o reliquias? Sin evaluar tales variables tecnológicas y tafonómicas, la hibridización cultural se atisba entre las alfarerías argáricas y cogoteñas, y con más dificultad respecto a los restos millarenses y campaniformes.

El libro se propone integrar en una visión más inclusiva aquellos casos atípicos, al margen de la norma argárica, según la estrategia heurística propuesta por Montón-Subías (2011). Esto se consigue magistralmente con rarezas como las leznas argéneas, interpretadas como símbolos femeninos de alto rango. Sin embargo, otras muchas excepciones aducidas –pequeños asentamientos de llanura, enterramientos fuera del hábitat, vasijas torpemente modeladas, reuso de monumentos ancestrales- resultan ser espejismos historiográficos. Es decir, son testimonios tradicionalmente ignorados, pero al saber buscarlos demuestran no haber sido ni minoritarios ni extravagantes, por lo que el análisis de lo idiosincrático, de la actuación contingente (*agency*) se diluye de alguna forma. Por contra, otras genuinas anomalías, como las murallas de Peñalosa o La Bastida de Totana (Lull *et al.* 2014), quedan pendientes de ser exprimidas. Si hemos de matizar la hipótesis belicista y tomar conciencia de nuestro sesgo androcéntrico, como defienden los autores, entonces casos tan inusuales requieren lecturas extraordinarias. Tales interpretaciones deberán reconsiderar, en la línea avanzada en esta obra, por qué del abanico de expresiones culturales posibles, las comunidades argáricas erigieron precisamente tales construcciones poliorcéticas y forjaron las primeras armas metálicas especializadas –espadas y alabardas-, enfatizando su carácter disuasorio en un probable contexto de violencia latente.

En definitiva, esta obra establece las bases de futuras líneas de trabajo y se adelanta a la discusión de

nuevos problemas. Escribir un libro así debe de haber supuesto un verdadero reto intelectual para sus artífices. Se abordan los temas clásicos, pero desde perspectivas innovadoras, articulando en su visión holística documentación heterogénea, trabajando a muy distintas escalas de resolución y con registros cuya representatividad no siempre ha sido bien comprendida por la tradición disciplinar. Ahí reside, en mi opinión, una de las claves del buen sabor que deja su lectura: estamos ante Investigación con mayúscula; esa que traslada a cualquier lector la excitación de la arqueología; esa que consigue que veamos muros, utensilios, paisajes o esqueletos con nuevos ojos. Con libros como éste, la Cenicienta ibérica sin duda consolidará su presencia por derecho propio en el banquete internacional de la academia.

- Antipina, E. E. y Morales, A. 2006: "Archaeozoological Approach to Complexity: Animal Remains from Two Metallurgical Sites from the Eastern and Western Corners of Europe". *Archaeology, Ethnology and Anthropology of Eurasia* 3: 67-81.
- Aranda, G. 2013: "Against Uniformity Cultural Diversity: The 'Others' in Argaric Societies". En M. Cruz Berrocal, L. García Sanjuán y A. Gilman (eds.): *The Prehistory of Iberia: Debating Early Social Stratification and the State*. Routledge. New York: 99-118.
- Aranda, G.; Alarcón, E.; Murillo-Barroso, M.; Montero, I.; Jiménez, S.; Sánchez, M. y Rodríguez, M. O. 2012: "El yacimiento argárico del cerro de San Cristóbal (Ogíjares, Granada)". *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía* 3: 141-164.
- Contreras, F. y Alarcón, E. 2012: "La cultura de Cogotas I y las comunidades argáricas del Alto Guadalquivir". En J. A. Rodríguez Marcos y J. Fernández Manzano (eds.): *Cogotas I, una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Valladolid: 165-185.
- López García, P. (ed.) 1991: *El Cambio Cultural del IV al II Milenios en la Comarca Noroeste de Murcia*, Vol. 1, CSIC, Madrid.
- Lull, V.; Mico, R.; Rihuete, C. y Risch, R. 2014: "The La Bastida fortification: new light and new questions on Early Bronze Age societies in the western Mediterranean". *Antiquity* 88 (340): 395-410.
- Montón-Subías, S. 2010: "Black Swans and Archaeological Interpretation". *Norwegian Archaeological Review* 43 (1): 1-11.

Antonio Blanco González. Dpto. Prehistoria, Facultad de Filosofía y Letras. Plaza del Campus s/n. 37011 Valladolid. Correo e.: ablancoglez@gmail.com

Martina Renzi. *La metalurgia del yacimiento fenicio de la Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIX, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 2013, 700 pp., ils., mapas, eISBN: 978-84-00-09767-7.

Con las 700 páginas de esta publicación, basada en su excelente tesis doctoral dirigida por el distinguido investigador Dr. Ignacio Montero y leída en la Universidad Complutense en el año 2012, Martina Renzi llena un vacío que había en la investigación fenicia. El elevado número de objetos analizados con excelente metodología interdisciplinar atestiguan el proceso completo de la elaboración de metales en La Fonteta, ciudad portuaria y fortificada fenicia de los siglos VIII y VII a.C., situada en la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante). Las condiciones de estudio de dichos materiales fueron inmejorables, gracias al excelente trabajo de campo de la sección excavada bajo la dirección de Alfredo González Prats, que con su impecable estratigrafía facilitó una investigación minuciosa de los contextos, perfectamente datados, y de las actividades metalúrgicas de este emplazamiento, proporcionando la base para la obtención de resultados innovadores de gran alcance en el área de la investigación de la arqueología fenicia occidental. La investigación de Martina Renzi ofrece mucho más que una perspectiva bien fundada del desarrollo de la metalurgia en la transición del Bronce final a la Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica. En concreto la autora pudo diferenciar los componentes autóctonos y foráneos de la metalurgia de La Fonteta, ya que consiguió determinar la procedencia de las innovaciones tecnológicas y la integración de las tradiciones locales. También es una novedad su comprobación de la adaptación de las tecnologías fenicias a las condiciones locales, dando lugar a posteriores desarrollos.

De especial relevancia es el resultado del amplio radio de contactos de relaciones suprarregionales de La Fonteta (como ejemplo cabe citar la sierra de Cartagena-La Unión y Mazarrón, proveedores de plomo, cuyo proceso de elaboración continuaba en La Fonteta). Con ello la dra. Renzi no solo da testimonio de la red marítima suprarregional de una economía fenicia altamente especializada, sino que también proporciona importantes puntos de referencia sobre su interacción con la economía local.

Además en lo relativo al análisis espacial, es decir, a la distribución de los talleres metalúrgicos en La Fonteta, se ha obtenido resultados innovadores. Estos indican una diferenciación y especialización de las distintas metalurgias dentro del propio poblado. El proceso de elaboración del hierro y el de otros metales no ferrosos se realizaba al mismo tiempo, pero en espacios

separados. Basándose en los análisis de la elaboración del cobre, la autora reconoce la conexión con las tradiciones autóctonas, y en cuanto a la de la plata, sobre todo debido la técnica de copelación, reconoce el nexo con las tradiciones del Próximo Oriente. Los resultados en sí mismos no son nuevos, aunque sí actuales, pero lo especial de sus afirmaciones radica en que ambas tradiciones conviven en un único y mismo lugar, y muestran como la combinación de elementos locales e innovaciones importadas conducen a una industria económicamente productiva.

La autora no solo pudo documentar las técnicas en La Fonteta, sino también otras comparables en el Cerro del Villar (Málaga) y en otros emplazamientos fenicios de las costas de la Península Ibérica, como el proceso de licuación para extraer plata de minerales cuproargentíferos, que hasta ahora en estas regiones solo se conocía en la época romana. Otro aspecto a destacar es la documentación conseguida sobre el desarrollo de estas técnicas que en La Fonteta, como es lógico, está documentado únicamente en las fases más antiguas del poblado, mientras que el uso de plomo-argentífero está probado en la fase más reciente, porque evidentemente era más rentable.

También se ha hecho un destacable trabajo al estudiar la cerámica técnica, como las toberas, crisoles y moldes de fundición, con la descripción de su función, tradición y desarrollo. Sobre todo se convertirá en una referencia el estudio tipológico, tecnológico y de materiales de las toberas, gracias a su ejemplar minuciosidad.

La presente publicación también aporta avances decisivos para la comprensión de la elaboración del hierro, técnica introducida por artesanos fenicios. Martina Renzi ha comprobado la especial técnica de elaboración y el uso de minerales de tipo complejo en los cuales el hierro va acompañado de cantidades considerables de níquel, arsénico y plomo. Mineralizaciones de este tipo, así se desprende del texto, no hay en el entorno de La Fonteta, pero sí en la provincia de Málaga. El material podría proceder de esta región que está a unas 300 millas náuticas y fortalecería aún más la posición de La Fonteta como centro de complejas redes comerciales.

No hay que olvidar la experiencia profesional de la autora al hablar de la calidad de la publicación, de la experiencia internacional y del alto nivel adquirido en el curso de sus años de formación, en instituciones como el *Deutsches Bergbaumuseum* de Bochum,

la Escuela Española del CSIC en Roma, el Museo Arqueológico Nacional y el Instituto de Historia del CSIC en Madrid, en la Universidad de Alicante y en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

La publicación en su conjunto y temáticamente hablando está bien estructurada. La parte gráfica tiene una calidad buena, excepto algunas fotos que, en cualquier caso, cumplen con su función informativa.

La obra tiene algunos puntos débiles, aunque no sean cuestiones muy relevantes. Se echa de menos -aunque podría deberse a exigencias editoriales- un capítulo introductorio sobre los recursos mineralógicos y las tradiciones metalúrgicas de la Península Ibérica, y la integración de La Fonteta en el desarrollo diacrónico de la metalurgia de la península entre finales del II y mediados del I milenio a.C. Naturalmente en la valoración arqueológica se establecen comparaciones con otros yacimientos, pero con frecuencia parece que solo se ha recurrido al uso de literatura secundaria, es decir, no a los informes de excavaciones sino a obras generales. También comentar que los fenicios aparecen considerados como una unidad, aún cuando la Arqueología ha puesto en claro la gran variedad de características regionales expresivas de la expansión fenicia. Llegados a este punto, el lector observa una cierta contradicción, ya que la autora misma demuestra, basándose en sus estudios arqueometalúrgicos, la existencia de características particulares, también en La Fonteta. Una confrontación más detallada con las otras investigaciones sumamente interesantes sobre esa ciudad, llevadas a cabo tanto en el marco de las excavaciones españolas dirigidas por Alfredo González Prats (Universidad de Alicante), como de las excavaciones francesas, a cargo de Pierre Rouillard (Sorbona y Casa de Velázquez), habría aumentado más si cabe el interés de la obra, aunque quizás habría sobrepasado el tema en cuestión.

En su conjunto hay que catalogar la obra de excelente. El libro se convertirá en referencia internacional para la investigación fenicia y para la metalurgia. Su publicación como primer volumen en formato digital de la prestigiosa serie *Bibliotheca Praehistorica Hispana* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dirigida de forma ejemplar por la Dra. Alicia Perea, le proporciona una base excelente para ello.

Dirce Marzoli. Instituto Arqueológico Alemán. C/ Serrano 159. 28002 Madrid.
Correo e.: dirce.marzoli@dainst.de